

EL ESPAÑOL Y LA CIENCIA

Desde hace algunos años un fantasma recorre el mundo: el de que un predominio de la ciencia y de la técnica reduce al hombre a un papel de esclavitud y de dependencia; pasa un ramalazo de nuevo terror por las novelas pseudocientíficas que nos enseñan la rebelión de los robots, o la conversión en dioses de los computadores. La misma palabra cibernética parece encerrar en ella misma una predicción: viene del griego *kubernan*, gobernar, y en el siglo pasado aún se empleaba en un sentido político. Todo esto se añade a un lejano desprecio del español —que «desprecia cuanto ignora», decía Machado— por la ciencia. Quizá obligado, En España se ha seguido condenando a Galileo, y todavía hay escuelas —subvencionadas por la democracia— donde el nombre de Darwin se pronuncia con asco, si se pronuncia. La ciencia apareció a partir de un cierto momento como poco compatible con la teología; la fuerza hizo prevalecer la teología, y no parece haber cesado en su empeño.

Cuando el terror teológico comenzó a amainar comenzó a caer sobre nosotros este nuevo miedo a la máquina y a su capacidad. Ciertas formas de ecologismo —radicales, ingenuas— recuperan el horror de los tejedores ingleses cuando apareció el telar de vapor, y el que respondía a la época en que Mary Shelley escribía su «Frankenstein»; el que quiere ir demasiado lejos por el camino de la ciencia se encuentra con el monstruo que le devora. El miedo teológico ha sido sustituido por el miedo a la maldad científica, capaz de construir la serie de bombas —atómicas, nucleares, de hidrógeno, de neutrones...—, y por el miedo social, el de la máquina que deja sin empleo al hombre. No es un miedo abstracto: está sucediendo así. Lo que en otros países se ha superado hace más de un siglo, en España se está sintiendo ahora de dos maneras: como una práctica que altera nuestro tejido social y como un hecho más del complejo de inferioridad del español. Hay que admitir que los intelectuales dejaron de seguir hace años una vía que comenzó a producirse con el krausismo, con la Institución y que tuvo un gran exponente en «Revista de Occidente», donde los artículos científicos alternaban con los que se llamaban, fácilmente, humanistas. El intelectual retrocede hoy ante un magnetófono, se alarma frente a un video y maldice de una calculadora de bolsillo. La izquierda va dejando cada vez más ese poder en manos de la derecha. Que lo utiliza como lo utiliza todo, habitualmente, esa derecha: para una acumulación de riquezas. Y en España, especialmente, como una venganza contra el trabajo, al que nunca ha perdonado.

Empieza ahora una cierta corriente de pensamiento inverso: una cierta manera de volver a comprender que el hombre no es un valor caduco, y que no es sustituible. No hace mucho se ha hablado en TRIUNFO de los genios españoles solitarios; y los hay desde —por lo menos— Cajal a Duperier, pasando por muchos nombres

próximos al Premio Nobel. El español no está menos dotado que otros para la ciencia y para la técnica. A condición de que se eduque dentro de ella, que no la rechace como algo entre sagrado y ajeno. En algunos estudios que siguen a estas líneas, y desde un punto de vista científico, se está demostrando que hay ya una aproximación del español hacia una mentalidad técnica, lo cual no significa abandonar otro tipo de valores: y que es el hombre el que investiga, el que procesa, el que analiza y a quien corresponde la capacidad de síntesis. Esta aproximación va a ser todavía un fenómeno lento y largo: no sólo hay que desproveerse de los dos grandes tabúes anteriores —el religioso y el despectivo, el de la derecha y el de la izquierda— sino también acumular una cierta capacidad de trabajo y de perseverancia. Todavía aquí hay una siniestra y desgraciada división entre «letras» y «ciencias» capaz de fijar vocaciones a la fuerza y de cerrar caminos a quienes pudieran tenerlos abiertos.

Es evidentemente más difícil fabricar, alentar y estimular talentos que comprar los talentos ya realizados en patentes o en máquinas que caen sobre una civilización boquiabierta, antigua y paleta. O dejan escapar esos talentos, cuando brotan, hacia países que les ofrecen no sólo más medios de investigación, sino menos desprecio, menos esperpento, menos ridículo. Todavía en España el inventar es una figura de sainete, de relato cómico, al que se ve caminar por la vía certera del manicomio. Hay una obligación de que no siga siendo así, y de que el hombre siga considerándose por encima de la técnica; y con una política capaz de no convertirle en ese triste remedo que alguna vez hemos visto apoderarse del país, el de los «tecnócratas», sino con un sentido humanístico. La ciencia y la técnica no pueden seguir siendo vehículos de explotación o artilugios para desmesurar el consumo. ■

